

EL CONCEPTO INTELLECTUAL EN HISPANOAMÉRICA: GENESIS Y EVOLUCIÓN*

Guillermo Zermeño
El Colegio de México

Introducción

Sólo es definible lo que no tiene historia. Así, menos que establecer qué es un intelectual nos interesa observar la evolución del concepto «intelectual» en la historia hispanoamericana del siglo xx.

Diversas teorías y aproximaciones sociológicas al tema del intelectual dejan ver que *strictu sensu* se trata de un fenómeno sociocultural propio del siglo xx. Asimismo el interés en la historia intelectual y/o de las ideas en el siglo xx acompaña la aparición y evolución de la figura del intelectual.¹ De ello dan testimonio las obras de Gramsci, Mannheim, Bourdieu, Bobbio, Coser, entre otros. En buena parte estos autores han ofrecido los marcos conceptuales para intentar definir el fenómeno, e incluso han servido de apoyo para su aplicación a otros períodos recientes o remotos (Le Goff). Parece entonces incuestionable que si hacemos caso del uso del vocablo intelectual su historia pertenece propiamente a la historia contemporánea.

La transformación del intelectual en un concepto abstracto y en un lugar común cobra evidencia además cuando concita a la sociología crítica para llegar a una definición de quién y qué es un intelectual. (Coser, Marsal, y Careaga). El intento sociológico de este empeño fue realizado para México por Roderic A. Camp. Desde entonces, sin llegar

* Mi reconocimiento al apoyo recibido por el Servicio de Información del Colegio de México para esta investigación. En particular agradezco a Víctor Cid su valiosa colaboración en la pesquisa de algunos materiales y a Roberto Breña por sus sugerencias y comentarios.

¹ Por ejemplo véase Robert A. POTASH, «Historiografía del México independiente», *Historia Mexicana* 39, vol X, enero-marzo, 1961, n. 3, p. 386. Ahí se destaca el desarrollo de la nueva historia intelectual, «la más joven de los «vástagos de Clío» que se suma a los logros de la historia económica, social, cultural, regional y diplomática.

a un acuerdo convincente acerca de ¿qué es un intelectual? el vocablo es utilizado indistintamente para toda clase de retrospectivas o aplicaciones.

Una manera de clarificar su contenido es someterlo a un análisis histórico, tarea que ha sido realizada parcialmente por quienes se han ocupado de la historia de las ideas, la vida intelectual o cultural hispanoamericana. Bajo estas denominaciones se oculta un territorio accidentado y equívoco, que conduce hasta el uso indiscriminado del término «historia de las mentalidades» que no se sustrae a la tentación de incluir en su elenco hasta la historia del cuerpo o de la vida cotidiana. Esta confusión semántica solamente confirma la necesidad de hacer ingresar el análisis histórico de los conceptos para esclarecer la evolución histórica de las sociedades.

Dentro de esta problemática nos interesa destacar la contribución de la *Begriffsgeschichte*² para iluminar la relación que puede haber entre los usos del lenguaje y el mundo histórico, en nuestro caso el uso del vocablo «intelectual» y las condiciones socio-históricas que hicieron posible su emergencia y convalidación. En este enfoque, dicho sea de paso, el significado de cualquier término es siempre relativo a los espacios de comunicación en los que es utilizado. Así, un término como «intelectual» plenamente identificado y diseminado a fines del siglo xx deja ver su multiplicidad de sentidos al ser observado bajo esta metodología. Funciona además como un dispositivo que permite, dentro de lo posible, asumir un mayor control sobre el uso de las palabras en la investigación histórica y evitar anacronismos frecuentes tanto en los trabajos del sociólogo como del historiador.

Es común en la historiografía utilizar nociones propias de nuestro presente para describir y explicar situaciones ajenas. En estos casos la tendencia general consiste en dar por sentado lo que en realidad debe ser explicado y que constituye propiamente el arranque de cualquier investigación histórica. Salvo contadas excepciones este problema se vislumbra fácilmente cuando se trata del «intelectual hispanoamericano» (Por ejemplo, Cockcroft, Camp). En ese sentido, el enfoque de la *Begriffsgeschichte* permite identificar las variaciones que ocurren en la

² Para profundizar en este enfoque véase la magnífica «introducción» de José Luis Villacañas y Faustino Oncina, en Reinhart KOSELLECK y Hans-Georg GADAMER, *Historia y hermenéutica*, Barcelona, Piado.U.A.B., 1997, pp. 9-53. Véase también Hans Erich BÖDECKER, «Reflexionen über Begriffsgeschichte als Methode», en Hans Erich BÖDECKER, *Begriffsgeschichte, Diskursgeschichte, Metapherngeschichte*, Göttingen, Wastein Verlag, 2002, pp. 73-121.

evolución de un mismo término sin descuidar el contexto sociológico de su aparición. De esa manera se evita caer en el «nominalismo», por un lado y, por el otro, se escapa a la tentación de ver y utilizar las palabras como si fueran esencias.

Antes de proseguir quisiera señalar algunas de las limitaciones en las que se inscribe este ensayo. Resulta ser una ambición desmedida intentar hacer la historia del concepto a nivel latinoamericano al revelarnos un área de estudio de gran complejidad y diversidad cultural como, por ejemplo, la región del caribe y el subcontinente brasileño. Incluso al referirnos a Hispanoamérica como una unidad cultural deberíamos reparar con mayor atención en los rasgos distintivos de cada una de sus partes para no caer en generalizaciones fáciles. «Hispanoamérica» es un concepto que requeriría a su vez escribir su propia historia. Por estas razones quisiera advertir que mi aproximación al concepto de intelectual estará filtrada por la perspectiva mexicana. Con todo, con base en una cierta bibliografía reciente aspiraría a trazar algunos lineamientos para observar la formación del campo intelectual en México e Hispanoamérica en el siglo xx.

Preliminares metodológicos e hipótesis

El *vocablo* intelectual puede utilizarse como predicado así como para tipificar a un grupo o clase. Este uso indiferenciado se presenta tanto en los ámbitos cultos o letrados como en los académicos. En cambio el *concepto* intelectual contiene un grado mayor de abstracción al referirse a procesos sociales en los que un determinado inventario del saber colectivo fue transformado.³ Así, se trataría de observar en este escrito los desplazamientos semánticos del vocablo hasta su convalidación como un concepto generalizado socialmente.

A grandes rasgos puede decirse que el término «intelectual» forma parte ya del léxico hispanoamericano hacia finales del siglo xix. Sin embargo su transformación en un concepto generalizado cobra evidencia hasta la década de 1920. Algunas polémicas entre los mismos «intelectuales» jugarán un rol central en este proceso de confirmación «conceptual» del término.

³ Aquí sigo las pistas abiertas de manera brillante por el estudio de Hans Ulrich GUMBRECHT, «¿Quiénes fueron los *philosophes*?» en *Producciones de sentido. El uso de las fuentes en la historia cultural*, Valentina Torres Septién, coord., México, Universidad Iberoamericana, 2002, pp. 229-34.

Es verdad que en la historia del vocablo intelectual pueden advertirse algunos rasgos subyacentes del antiguo *philosophe* de la Ilustración. No obstante, su evolución obedece más bien a un período en el que la sociedad industrial europea experimentó una expansión considerable tanto a nivel continental como en ultramar. También es cierto como lo indica Gumbrecht que el fenómeno de la Ilustración y su significado histórico se iluminan si se realiza el estudio histórico de los términos como *philosophe* y *philosophie*.⁴ De manera análoga podemos decir que cuando emerge el término intelectual a fines del siglo XIX los términos *philosophe* y *philosophie* propios de la Ilustración se han vaciado de su contenido original. Nuevas configuraciones sociopolíticas han dado lugar a que dentro de la filosofía positivista se esboce la figura de los *savants* (Comte) entendida como una suerte de espacio de intermediación o enlace cultural entre la industria y la ciencia, por un lado, y entre la ciencia y la política, por el otro. Igualmente poco después la emergencia del término intelectual deja ver la disolución del «sabio» positivista en una multiplicidad de sentidos: creadores, inventores, artistas y científicos.

Por lo tanto, nuestra hipótesis es que el «antiguo régimen» preindustrial hispanoamericano (con o sin revolución social) generó las condiciones necesarias para la aparición y desarrollo de un nuevo tipo de «sabio» enmarcado por la creación de un espacio comunicativo propio. El ocaso relativo de la filosofía positivista coincidió con la declinación de las «funciones públicas» de grupos establecidos en el gobierno y la emergencia de una nueva esfera de opinión pública enfocada a convertirse en la conciencia moral de la sociedad. Así como en el período preindustrial se asignó a los «filósofos» el papel de cuestionar el viejo inventario de saber colectivo y de constituir uno nuevo, del mismo modo en el siglo XX se asignó al «intelectual» el papel de conformar un nuevo saber «crítico».

En la formación del concepto jugaron un papel de gran importancia los pronunciamientos y reflexiones de los mismos «intelectuales» como Henríquez Ureña, 1910, Reyes, 1915, Gómez Morín, 1927, Vasconcelos, 1935, Paz, 1949. Algunos de sus textos, como veremos, dieron inicio a un tipo de comunicación centrada en sí mismos originando

⁴ H.U. GUMBRECHT, «¿Quiénes fueron los *philosophes*?» en *Producciones de sentido. El uso de las fuentes en la historia cultural*, Valentina Torres Septién, coord., México, Universidad Iberoamericana, 2002; Guillermo ZERMEÑO, «Gumbrecht, los *philosophes* y la *philosophie* de la ilustración: en torno a la prehistoria de los intelectuales modernos», en *Producciones de sentido. El uso de las fuentes en la historia cultural*, pp. 207-227.

propiamente la formación de la nueva configuración sociocultural del «intelectual».

Este proceso se podría describir de la siguiente manera. En un primer momento la identidad del intelectual se realiza a partir de la diferenciación con la generación anterior. Señala un acto de separación entre el *nosotros* y *aquellos*. Su relato sigue un curso progresivo longitudinal. Dentro de éste, sin embargo, se pueden advertir cortes transversales que irán conformando un tipo de estructura comunicativa recursiva que darán forma propiamente a la formación del campo intelectual constituido a partir de la confrontación entre diversos bandos o fuerzas intelectuales. El resultado de este proceso se expresa en una creciente diferenciación socio-política, por ejemplo entre derechas e izquierdas. Mientras el corte longitudinal se estructura a partir de diferencia entre el pasado y el presente, el transversal o sincrónico se realiza de manera proyectiva en dirección del futuro. Así, en la formación de este campo la dimensión histórica está casi siempre presente.

El intelectual y su historiografía

La bibliografía sociológica e histórica sobre los intelectuales hispanoamericanos comienza a desarrollarse hacia la década de 1960. El texto de Octavio Paz (*El laberinto de la soledad*, 1950) señala probablemente el término de una primera fase que da pie a la producción académica sobre los intelectuales. A diferencia del período que culmina en el Paz de 1950 que se alimenta a partir de sus propios textos y en términos generacionales, el período después de Paz convierte al intelectual en un objeto de estudio y del análisis histórico o sociológico. Los intelectuales como fenómeno sociocultural se ofrecen a la mirada del investigador como un nuevo tipo o espécimen sociocultural.

De manera incipiente —pero cada vez con mayor insistencia— los sociólogos e historiadores reforzaron —y en muchos casos significó la vía de acceso al campo— la formación del campo intelectual a la vez que se vieron afectados por éste. Algunos ejemplos son: Mendoza Díez, 1962, Marsal, 1970, Careaga, 1972, Krauze, 1976, Monsiváis 1976, Brunner/Flisfish, 1983, Camp, 1985, 1991, Lempériere, 1992, Miller, 1999. A partir de enfoques sociológicos, ideográficos o histórico-biográficos y por diversos motivos, el intelectual hispanoamericano ha sido desde entonces un tema de estudio creciente. Los aspectos que han dominado la atención son 1) la cuestión acerca del impacto y papel social del intelectual y 2) su grado de autonomía política con respecto

al Estado y la Iglesia. En torno a estos temas han coincidido básicamente dos enfoques: el liberal que enfatiza los rasgos y la capacidad individuales para generar ideas e influir socialmente (caudillos o empresarios culturales) y el socialista de corte gramsciano que desplaza el punto de observación de los intelectuales de las elites al de las masas o cultura popular». ⁵

En relación al enfoque histórico conceptual entre los estudios históricos sobre intelectuales en México y en Hispanoamérica sobresalen el de Enrique Krauze ⁶ y el más reciente de Nicola Miller. ⁷ Krauze observa el fenómeno a partir de la distinción *pensador/actor* propio del siglo XIX y la emergencia de un nuevo tipo personificado por Henríquez Ureña, entre otros. El trabajo de Miller, en cambio, hace un mayor hincapié en la necesidad de atender al uso de las palabras. Así, señala que el vocablo «intelectual» es tratado como una palabra que tiene su propia historia en lugar de hacerlo como un término genérico. De tal modo que el uso de la palabra sólo es la ocasión para determinar la circunstancia en la cual la idea del intelectual cobra vigencia en Hispanoamérica. Coincidimos con la autora en que su primera aparición tuvo lugar poco después del caso Dreyfus (Manifiesto de 1898) que popularizó el término en Francia. También estamos de acuerdo en la necesidad de distinguir en algunos rubros las particularidades de su uso en Francia y en Hispanoamérica.

En efecto, bajo la impronta de la filosofía positivista la aparición del término, en Francia como en Hispanoamérica, obedeció a la necesidad de neutralizar la tendencia a la especialización en el campo de la ciencia. El intelectual emergente reclamará para sí mismo entonces el desarrollo de un nuevo tipo de crítica y de autoridad moral. Desde la perspectiva del especialista este intento será tachado de diletantismo o de humanismo vacuo. Hay un aspecto central que parece separar a Francia de Hispanoamérica: la relación que establecen con su propia tradición intelectual. Mientras el intelectual francés se remonta de manera natural al período de la *philosophie* para identificarlo como el antecedente de un saber crítico, cosmopolita y universal, el intelectual hispanoamericano en cambio no cree encontrar esa tradición por ninguna

⁵ Basados en el llamado método de las generaciones (Krauze, Camp) o en la distinción entre cultura de elites y cultura de masas o popular (Monsivaís, Cockcroft, Córdoba).

⁶ Enrique KRAUZE, *Caudillos culturales en la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1976, pp. 147-48.

⁷ Nicola MILLER, *In the shadow of the State. Intellectuals and the quest for National Identity in Twentieth-Century Spanish America*, Londres, Verso, 1999

parte.⁸ En consecuencia se piensa en la necesidad de fabricarse una tradición. Octavio Paz, por ejemplo, se identifica en pleno siglo xx con el romanticismo y con la tradición crítica de la Ilustración francesa.⁹

La fabricación de esta tradición toma cuerpo al discutir los intelectuales hispanoamericanos su relación con el pasado representado por España. La palabra «España» adquiere una connotación profundamente ambigua. La consideran una tradición ausente de *philosophie* suficiente como para legitimar su presencia como la república de la letras. Es probable que la percepción de esa «ausencia» explique su insistencia en la idea de ruptura con la generación anterior como para legitimar su nueva presencia. Al no encontrar sus «precursores» en la *philosophie* sus protagonistas se convierten en explicación de sí mismos. Se conciben a sí mismos como la generación de la ruptura o representación inaugural de la tradición ilustrada ausente en la historia hispanoamericana. Quizás por esa razón su emergencia se asocie con un gesto profundamente modernista es decir, que con ellos estaba llegando por fin la modernidad a Hispanoamérica.

Así se puede estar de acuerdo en que la adopción de la palabra «intelectual» en las primeras décadas del siglo xx en Hispanoamérica es el síntoma de una carencia de *philosophie*. Pero al mismo tiempo no se pueden soslayar las presiones sociales surgidas desde el ámbito de las revoluciones técnicas e industriales de la época. En ese sentido, la resonancia de la idea surgida en Francia en Hispanoamérica es dependiente no tanto de una «naciente y refulgente modernidad» sino más bien de la modernización de los medios de impresión y difusión.

Como se indicó, la palabra intelectual sustituye a la de «pensador» del siglo xix. El pensador latinoamericano englobado en la figura de Simón Bolívar es simultáneamente un hombre de acción y de pensamiento. Son individuos que se conciben a sí mismos como constructores de la nación en proceso. En cambio, el intelectual se define en principio como un hombre de letras y de cultura que remeda a la época del humanismo, y sólo posteriormente y según las circunstancias políticas, se podrá concebir como un hombre que puede tener influencia social y política. Alrededor de esta bipolaridad se tejerá la trama de estas historias. Lejos de apelar a las viejas glorias de la ilustración francesa deberá

⁸ Al respecto véase Octavio PAZ, «Vuelta a El Laberinto de la Soledad (Conversación con Claude Fell)» y «América Latina y la democracia», en *México en la obra de Octavio Paz*, Tomo I, México, FCE, 1987, p. 248 y p. 465 respectivamente.

⁹ O. PAZ, «Inventar la democracia: América Central (Entrevista con Gilles Bataillon)», en *México en la obra de Octavio Paz*, Tomo I, México, FCE, 1987, p. 509.

entonces construir su propio mito, su propia tradición. No encuentra en la «hispanidad» del siglo XVIII el eslabón que lo vincule con un tipo de saber universalista no fragmentado. Es un intelectual sin historia que debe constituirse en historia. El uso del término no encuentra asidero en el pasado, de tal modo que se despliega como un nuevo rol que no existió anteriormente. La pregunta entonces es cómo inventó su tradición.

La respuesta provisional es que lo hizo a partir de tres movimientos interconectados: a) en relación con la tradición inmediata anterior (crítica de los «científicos»); b) a partir de las distinciones ocurridas en el mismo campo y, c) en relación a los usos de la historia.¹⁰

La invención del intelectual en Hispanoamérica

Génesis

No existe necesariamente una relación directa entre la aparición del intelectual en Francia (caso Dreyfus) y su desarrollo en América Latina. El caso Dreyfus refiere a una situación específica francesa.¹¹ Sus raíces en Hispanoamérica podrían remitirnos más bien a un hecho filosófico de mayor amplitud. Quizás el peruano Francisco García Calderón nos ayuda a comprender su aparición si lo relacionamos con lo que denomina «La crisis moderna de la moral» en cuyo texto de 1907 aparece la evocación de una «*élite* intelectual» francesa «preocupada por el problema moral y educativo» reunida en «libre colegio, especie de academia platónica, para discutir y afirmar nuevas direcciones éticas y

¹⁰ En un primer momento no aparecen los *philosophes* franceses; su lugar estará ocupado primeramente por la ilustración romántica personificada por Kant, Goethe, Humboldt, hasta que se conviertan en la base para la construcción de una Ilustración que se remonta a las reformas borbónicas y a la aparición de los ilustrados hispanoamericanos. En Potash (1961, p. 391-92) se menciona que el período colonial, en especial el siglo XVIII, era el que ha ocupado el mayor interés de la «nueva historia intelectual», quizás, dice, por el anhelo de descubrir «el *ethos* nacional de la cultura mexicana». De los autores, añade, han llamado más la atención «los hombres que unían la acción al pensamiento, no las del «pensador» aislado, si tal tipo existió». Para la recepción de Goethe en México véase Alfonso REYES, *Trayectoria de Goethe*, México, FCE, 1954. «¿Cómo poner sitio al grande abuelo? Por todas partes a un tiempo nos asalta y nos sobresalta», remata Reyes su homenaje y admiración por Goethe (p.171).

¹¹ Véase Christophe CHARLE, *Naissance des «intellectuels», 1880-1900*, Paris, Minuit, 1990. Del mismo autor *Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del pensamiento moderno*, Madrid, Siglo XXI España, 2000.

pedagógicas». ¹² En consonancia con la generación de Vasconcelos y la formación del Ateneo de la Juventud en México (1909), García Calderón habla en 1905 de «La nueva generación intelectual del Perú» ante un público chileno. Durante la primera década del siglo xx el término intelectual no ocupa todavía un lugar sustantivo. Se predica su uso en relación a las generaciones y a la necesidad de establecer vínculos latinoamericanos a través de «la inteligencia». Son dos aspectos que serán también muy relevantes en la obra de los ateneístas mexicanos que difundirán por todo el continente bajo la aureola de la «Revolución Mexicana».

Hay que cuidar también de no establecer nexos tan directos entre la aparición de esta nueva figura heroica —el intelectual hispanoamericano— y los procesos revolucionarios en el continente. Es verdad que las revoluciones intentarán integrar al «intelectual» como un elemento constitutivo del mismo proceso revolucionario. Pensamos más bien que no hay una relación inmediata entre la Revolución y el surgimiento del intelectual hispanoamericano.

Es verdad que en el horizonte se dibujan dos figuras identificadas como precursoras de este movimiento intelectual ligado fundamentalmente a la «palabra escrita». De un lado, el uruguayo José Antonio Rodó y del otro el nicaragüense Rubén Darío. Estas dos personalidades hacen del retiro del mundo y del cultivo de la forma y del estilo un fin en sí mismo; ponen en juego, en ese sentido, el fondo de la forma del intelectual de nuevo cuño. Realizado este doble movimiento de aislamiento y cultivo de la forma protegidos por la sombra de los ateneos y parnasos se procede luego a cumplir la función de iluminación y servir de guías espirituales para hacer que prevalezca ante todo la inteligencia, «la idea». Se trata de motivos románticos que recuerdan a Herder pero que cobran nueva vida sobre todo bajo la figura de Goethe que ha hecho arder, en palabras de Reyes, el fuego «en toda la línea». El recurso a estos pensadores alemanes alienta la necesidad de desarrollar un lenguaje propio no subordinado al determinismo racial fomentado en la vertiente extranjera anglosajona; crea las condiciones para la búsqueda de las esencias hispanoamericanas inscritas en el cuidado del lenguaje, en la pureza de lo propio.

¹² GARCÍA CALDERÓN, FRANCISCO, «La nueva generación intelectual del Perú», en *Hombre e ideas de nuestro tiempo*, Valencia, Sempere, s.f., p. 179. Una manifestación de este espíritu moralizador del Ateneo mexicano en los comienzos de la década de 1920 es Alfonso Reyes, *Cartilla moral*, México, CNCA/Alianza, 1994.

La emergencia de esta figura en el *Ariel* de Rodó celebrada por ejemplo en la prosa de Pedro Henríquez Ureña en 1910 se desenvuelve paralelamente a los acontecimientos políticos y científicos.¹³ No es causal que se apele al regreso del «humanismo» en contra del predominio del cientificismo positivista. Las vías política e intelectual se entrecruzan en México solamente hasta poco después del derrumbe del régimen porfirista en junio de 1911. Sólo hasta después de esa instancia se trazará la lucha en torno a quiénes son los verdaderos precursores intelectuales de la Revolución mexicana. Se trata de un período relativamente corto que culmina hacia 1915 cuando la facción triunfante constitucionalista encabezada por Venustiano Carranza adivine su triunfo militar y legitimación política, contando sobre todo con el favor del gobierno de los Estados Unidos. En ese sentido los años que van de 1913 a 1916 son cruciales para entender la fusión del intelectual hispanoamericano con los procesos revolucionarios.

En México se puede advertir que sólo unos cuantos meses separan la participación de los jóvenes miembros del Ateneo de México en la celebración del centenario de la independencia¹⁴ y el discurso de uno de sus integrantes, José Vasconcelos, en el banquete en homenaje a los «ateneístas revolucionarios». Entre los meses de agosto-septiembre de 1910 y junio de 1911 los ateneístas «porfiristas» se transformaron en «revolucionarios». Este desplazamiento no responde a un mero acto de oportunismo político. Ni tampoco a una quiebra radical entre el «antiguo régimen» y el nuevo.¹⁵ En esa ocasión Vasconcelos disertó sobre «La juventud intelectual mexicana y el actual momento histórico de nuestro país». Lo significativo radica en que el homenaje esté dedicado al mismo Vasconcelos considerando su talento pero sobre todo su valiosa colaboración «a la causa del pueblo».¹⁶ Por esas mismas fechas, el

¹³ Pedro HENRÍQUEZ UREÑA, «La obra de José Enrique Rodó», en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, Juan Hernández Luna, comp., México, UNAM-CEF, 1962, pp. 57-68.

¹⁴ Por invitación de Justo Sierra y Ezequiel Chávez, funcionarios culturales del régimen porfirista y futuros «próceres» de la nueva intelectualidad mexicana.

¹⁵ Cfr. El estudio de Francois-Xavier GUERRA, *México: del antiguo régimen a la Revolución*, México, FCE, 1988.

¹⁶ José VASCONCELOS, «La juventud intelectual mexicana y el actual momento histórico de nuestro país», *Revista de Revistas*, Junio 25 de 1911. Carlos Monsiváis interpreta la intervención de Vasconcelos desde una perspectiva clasista. Contrapone el estilo neoclásico de los ateneístas con el «realismo puro» de los intelectuales populares representados por los hermanos Flores Magón. El ascenso de los intelectuales antirreleccionistas como Vasconcelos es leído como un mero relevo político generacional. Carlos Monsiváis, «La aparición del subsuelo. Sobre la cultura de la Revolución Mexicana», *Historias 8-9*, Enero-Junio 1985, pp. 159-177.

20 de junio, otro «intelectual» ligado al medio político, Luis Cabrera, disertó sobre «La Revolución es (la) Revolución».¹⁷ Se podría hablar casi de discursos paralelos en el tiempo, pero con alcances y proyecciones diferentes. Se trata de dos momentos inaugurales que definirán los espacios de futuras polémicas en torno al intelectual y su función social en México. Es notable, por ejemplo, la conciencia del grupo emergente y sus dilemas en 1914: «La élite juvenil ha criticado, para singularizarse, la rigidez del positivismo. Para algunos de ellos la política es el mal. Para otros es el impulso lírico, la grandielocuencia cuyo centro es la palabra «Espíritu». Y el proceso no se interrumpe con la revolución».¹⁸

Por esa razón conviene aclarar que el término «revolución» no tiene el mismo significado para Vasconcelos que para Cabrera. Su semántica define en buena medida los márgenes en los que puede concebirse la acción de los intelectuales. Si Vasconcelos entiende la revolución en relación con la caída política del régimen porfirista originada en la sublevación maderista, Luis Cabrera en cambio inscribe el término «revolución» dentro de una teoría sociológica que hace de la violencia un hecho irreversible de la transformación social. Esta teoría le funcionará a Cabrera hasta su expulsión del régimen revolucionario en la década cardenista,¹⁹ a diferencia de Vasconcelos que sufrirá las consecuencias del rigor «revolucionario» una década antes al ser desplazado del Parnaso revolucionario.

No obstante, la perspectiva revolucionaria de Vasconcelos será suficiente como para elaborar y desarrollar la conciencia del «intelectual» como una clase inexistente en México hasta entonces. El año de 1911 señala el inicio de la construcción del mito de los ateneístas como visionarios y apóstoles de la Revolución. La creación de una conciencia de sí mismos como los «clérigos»²⁰ o guías espirituales de la sociedad tendrá efectos en muchos campos del saber y de la cultura durante el régimen de la Revolución Mexicana, por lo menos hasta su escisión interna cuando se enfrenten de nuevo en 1929 la vía armada y la civilista

¹⁷ Blas URREA, Lic. (Luis Cabrera), «La Revolución es (la) Revolución», en *Obras Políticas del Lic. Blas Urrea*, México, Imprenta Nacional, 1921, pp. 227-242.

¹⁸ Octavio Barrera citado por Monsiváis en «La aparición del subsuelo. Sobre la cultura de la Revolución Mexicana», 1985, p. 174.

¹⁹ El ajuste de cuentas con la Revolución por Luis Cabrera está documentado en Lic. Blas URREA, *La Revolución de entonces y la de ahora*, México, Lección «verdades», 1937.

²⁰ Según el término acuñado por Annick LEMPÉRIERE, *Intellectuels, Etats et Société au Mexique. Les clercs de la nation (1910-1968)*, Paris, L'Harmattan, 1992.

para dirimir el poder político. Incrustado Luis Cabrera en la vertiente constitucionalista triunfante su trayectoria será un poco más larga hasta no sufrir los embates de la aparición de una nueva figura hegemónica: la del intelectual comprometido que domina el período cardenista.

Mito y diferenciación

La ambigüedad del término intelectual desarrollado en México en la década de 1910 se evidencia cuando Luis Cabrera es enviado dos veces por la facción carrancista como «intelectual» oficial para explicar la situación mexicana ante la comunidad intelectual y científica de los Estados Unidos. La primera vez fue en 1913 en la Universidad de Cornell donde habló de «La situación mexicana desde un punto de vista mexicano».²¹ La segunda ocasión fue en 1916 cuando como «intelectual» habló sobre «México y los mexicanos» ante la Academia Americana de Ciencias Políticas y Sociales en Filadelfia.²² Después del discurso de Vasconcelos de junio de 1911 en el que hace mención explícita a la necesidad de fomentar «la clase de los intelectuales y el poder público se acostumbre a respetarlos...»²³, esta es la segunda ocasión en la que se observa el uso del término intelectual como sustantivo. Es notorio que la publicación en la que se recoge la contribución de Luis Cabrera mencione a «tres intelectuales» que hablan sobre México.²⁴ Ese año de 1916 aparece también en una publicación de San Antonio, Texas, el uso plural y sustantivado del término «intelectual».²⁵ Vasconcelos, por su parte, en 1916 visitó Perú e impartió una conferencia en la Universidad de San Marcos de Lima sobre «El movimiento intelectual contemporáneo de México».²⁶

²¹ Luis CABRERA, «La situación mexicana desde un punto de vista mexicano», Discurso en la Universidad de Cornell, 1913, en *Obra política de Luis Cabrera*, Eugenia Meyer, ed., México, UNAM, 1992, pp. 465-477.

²² Luis CABRERA, «México y los mexicanos», en *Tres intelectuales hablan sobre México*, México, 1916, 55 pags. Luis Cabrera, Lincoln Steffens, Alberto J. Pani.

²³ Citado por Monsiváis, 1985, p. 173.

²⁴ Los otros dos participantes son Alberto J. Pani, funcionario carrancista y Lincoln Steffens un crítico social norteamericano.

²⁵ Alfonso ANAYA, «Nuestros intelectuales: el Dr. don Aureliano Urrutia», *Revista Mexicana (S)*, San Antonio Texas, 9 de enero, 1916. Vasconcelos

²⁶ José VASCONCELOS, «El movimiento intelectual contemporáneo de México», en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, Juan Hernández Luna, comp., México, UNAM-CEF, 1962, pp. 117-34.

Al interior del término intelectual que se dibuja en la década de 1910 se advierte una hendidura o camino cruzado entre la figura del intelectual «humanista» representante de una cruzada moral similar a la de los antiguos frailes y la del intelectual «pragmático» que sabe de las leyes inexorables de la historia. Mientras en el primer caso se puede desarrollar una especie de conciencia trágica o cínica ante la inevitabilidad de los acontecimientos históricos, en el segundo caso puede prevalecer una mirada irónica y hasta melancólica.

A partir de 1920 la identificación del intelectual con la revolución triunfante rinde sus frutos. Se trata de un período denominado como de «reconstrucción nacional» acorde con las pautas sociológicas establecidas por Luis Cabrera unos años atrás. Mientras algunos intelectuales ocupan la tribuna pública otros lo hacen al frente de las nuevas instituciones de cultura. Antonio Caso y Vasconcelos²⁷ pero también otros como Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas representan y se encargan de llevar adelante el proyecto de regeneración social vislumbrado.

Uno de los síntomas más elocuentes del autoelogio de una generación que llega a hacerse cargo de las responsabilidades culturales y morales de la nación es el escrito de Manuel Gómez Marín, 1915.²⁸ El tema de las generaciones ligado a la aparición de la figura del intelectual encuentra su síntesis en este texto. Se llega a ser parte de un grupo social cuyos miembros son menores de 40 años, poseedores del genio, y con características propias de la heroicidad clásica evocadas en el Ulises de la Iliada. Esta figura con la que Vasconcelos crea su propia identidad fue anunciada por él mismo en su conferencia del mes de Julio de 1916 frente a los estudiantes y académicos de la Universidad de San Marcos en Lima, Perú. Pero, su conferencia intitulada «El movimiento intelectual contemporáneo de México» recuerda los contenidos de los textos del peruano Francisco García Calderón de la primera década del siglo.²⁹

En abril de 1921 Antonio Caso visitó Perú. Oscar Miró Quesada escribió en Julio de 1921: «Caso fue en México el feliz iniciador de la

²⁷ Algunos textos de Vasconcelos son elocuentes al respecto: José VASCONCELOS, «Creadores de cosas nuevas y factores del porvenir, eso somos nosotros», *Repertorio Americano*, 2, 25, julio de 1921, p. 253; «Invitación a los intelectuales y maestros para que se inscriban como Misioneros», *El Heraldo*, 20 de dic de 1922; «El poder de la palabra», *El Universal*, 24 de nov. De 1924, p. 3.

²⁸ Manuel GÓMEZ MORÍN, 1915, México, Editorial Cultura, 1927.

²⁹ Francisco GARCÍA CALDERÓN, «La nueva generación intelectual del Perú» y «La crisis moderna de la moral», en *Hombre e ideas de nuestro tiempo*, Valencia, Sempere, s.f. Llama la atención el prólogo del libro por el filósofo francés Emile Boutroux de 1907.

reacción idealista que hoy se nota en el movimiento intelectual de ese país, después de pasar por un largo período de positivismo fanático y de materialismo intransigente».³⁰

La Revolución rusa de 1917 sienta también un precedente en la formación del concepto de intelectual. En *El Herald* de Cuba de principios de la década de 1920 se encuentra el eco del Grupo *Clarté* constituido en París por literatos y filósofos (Roman Roland, Madame Severine, Bataille, Anatole France, Henri Barbusse) con el fin de aclarar su papel en la transformación social en un siglo en el que domina una «sociología libre de prejuicios». El autor se pregunta «¿...qué piensan hacer los señores intelectuales?» para resolver la «cuestión social». Considerando que su función es la comunicar la verdad y guiar al pueblo hacia la justicia, vuelve a preguntarles a los intelectuales qué harán para acortar las distancias entre el pensamiento y la cultura, por un lado, y las necesidades del pueblo, por el otro. Subyace a estas interrogantes una crítica a la formación de grupos del tipo Ateneo de la Juventud: «¿qué utilidad ha reportado todo ese bizantinismo retórico de Academias, Ateneos y Parlamentos? Ni tan siquiera han logrado salvar uno solo de los tan cacareados principios sociales?»³¹

Después de la revolución francesa, la revolución rusa conmueve los cimientos de la vieja Europa, con lo que se avizora el fin inminente de una civilización. La transformación social se mira como inevitable. Frente a este hecho la función del intelectual es descubrir su orden oculto y guiarla hacia su meta con el menor daño y costo posible, sin poner en peligro «el tesoro cultural, moral y material» legado por el progreso. Con ese objeto se mira necesaria la participación del intelectual para convertirse en la vanguardia del proletariado como consejero y guía. La revolución social es inminente, pero requiere la luz del intelectual «para que el pueblo no llegue a exasperarse y no caiga en el caos y en la violencia». Toca salir a los intelectuales de sus laboratorios, de sus «ridículas torres de marfil»; si

³⁰ *El Comercio*, Lima, 27 de julio de 1921 citado en Pablo YANKELEVICH, «Cuando Antonio Caso conoció Sudamérica», *Universidad de México*, Junio de 1999, n. 581, p. 42.

³¹ Bernardo MERINO, «Responsabilidad de los intelectuales en la Revolución social». Conferencia en la inauguración de los trabajos de propaganda social iniciados en La Habana por el «grupo Clarte», *El Herald*, s.f. La formación del grupo *Clarté* presupone la distinción establecida entre trabajadores manuales y trabajadores intelectuales. Hacia 1919 en Francia se conformó una «Confederación de Trabajadores Intelectuales» que en 1921 tenía 120 000 miembros. Cfr. Alvaro MENDOZA DÍEZ, *La revolución de los profesionales e intelectuales en Latinoamérica*, México, UNAM-IIS, 1962, p. 37.

no lo hacen «el pueblo alocado hará unos funerales dramáticos de la civilización heredada».³²

A fines de 1922 Vasconcelos, ya como Secretario de Educación Pública, retoma un proyecto esbozado dos años antes en la Universidad: «...invita a los intelectuales y a los maestros, a los más cultos intelectuales y a los más sabios maestros, para que realicen esta cruzada santa contra la ignorancia, inscribiéndose como misioneros de la civilización y del bien». Es la oportunidad que el «ciudadano urbano» muestre que también puede ser virtuoso y abnegado ante las necesidades del mundo rural. «Es menester que el intelectual se redima de su pecado de orgullo, aprendiendo la vida simple y dura del hombre del pueblo, pero no para rebajar su propia mente sino para levantarla junto con la del humilde».

La noción del intelectual invocado por Vasconcelos designa diferentes oficios: maestros, escritores, poetas y artistas. La invitación se dirige especialmente a la generación joven, menores de 30 años, habituados al suelo oscuro de la ciudad, repartidos «entre una oficina donde se simula el trabajo...» El campo les ofrece la posibilidad de redención. «Se trata de ir a salvar hombres: no de apagar la vida sino de hacerla más luminosa». Los jóvenes tienen la ocasión de «imitar a Las Casas, el creador, al revés del tantas generaciones nuestras que no han hecho otra cosa más que imitar a Cortés el destructor».³³ Estos discursos conforman un imaginario que será amplificado en los relatos fílmicos de la década de los cuarenta. Un caso emblemático es la película *Río Escondido* de 1948.³⁴ En esta situación la invitación a ilustrar a las masas proviene de la iniciativa del Estado y ha dejado de ser la expresión de un grupo o asociación organizada de manera autónoma.

Uno de los críticos tempranos de la fabricación de la nueva intelectualidad y su mito es Nemesio García Naranjo. El homenaje y celebración del pensador argentino José Ingenieros rendido a Vasconcelos en Buenos Aires a principios de 1923 es la ocasión para contrastar la «altura» de los «pensadores» que rodeaban a don Porfirio con el nivel de

³² MERINO, «Responsabilidad de los intelectuales en la Revolución social», *op. cit.*

³³ José VASCONCELOS, «Invitación a los intelectuales y maestros para que se inscriban como Misioneros», México, *El Herald*, 20 de diciembre de 1922.

³⁴ Al inicio de la película aparece el mismo presidente de la República, Miguel Alemán, enviando a la actriz María Félix, personificando a la joven maestra Rosaura Salazar, a un pueblo del México profundo, Río Escondido, para alfabetizar a una comunidad rural. No es fácil distinguir en estos productos la intención de entretener con los de propagar una idea. Véase Seth FEIN, «La diplomacia del celuloide. Hollywood y la edad de oro del cine mexicano», en *Historia y Gráfica* 4, México, Universidad Iberoamericana, 1995, p. 138.

los «pensadores» que rodearon al Maderismo en 1909, entre los cuales se encuentra Vasconcelos. En opinión de García Naranjo la política revolucionaria es la que ha convertido en «egregios» a estos pensadores. Para entender qué ha sido la revolución hay que estudiarla y analizarla y no como hace Ingenieros, propagar acríticamente la información recibida por el bando carrancista triunfante.³⁵ La discusión entre la «intelectualidad porfiriana» y la «intelectualidad revolucionaria» que se desarrolla en la década de los veinte es otro de los pasos que conduce a la consolidación del campo intelectual, o de aquellos que por derecho propio se reconocen como tales.

Nemesio García Naranjo, crítico de Vasconcelos, describe así la nueva situación del «intelectual». Vino la Revolución, los cenáculos porfiristas se desintegraron, «y fue una cosa terrible para los intelectuales adaptarse a la nueva situación». Acostumbrados a vender «su mercancía mental al Estado, se encontró con que éste ya no la quería comprar». Desde entonces algunos han comprendido «que ya no deben depender del Gobierno, y por consiguiente se han transformado para procurar depender del pueblo». Los que se han dado cuenta de ello, «serán los precursores de la nueva literatura, que será menos exquisita que la porfiriana, pero más de acuerdo con el alma nacional». Sin embargo, «la nueva Corte de la inteligencia» aún no encuentra al sustituto de Justo Sierra (antiguo Ministro de Educación de don Porfirio), si bien los nuevos ministros, rectores, directores de Bellas Artes «ya tienden a formar su propia corte» sin alcanzar todavía el antiguo brillo ni la experiencia de «las camarillas porfiristas». La razón: «detrás de los cenáculos literarios estaba el estado con su fuerza».³⁶

Tres tipos de intelectuales coexisten en la década de los veinte: el intelectual comprometido con las causas populares surgido de las luchas revolucionarias; el intelectual tradicional que adquiere un nuevo estatuto pero no goza del presupuesto estatal; y las nuevas camarillas que «revolotean en derredor del Estado».³⁷ Es la generación de 1915 descrita por Gómez Morín. Desintegradas prácticamente las antiguas camarillas, en el exilio o sin función social, la disputa por el campo se dirime entonces al interior del mismo grupo.

³⁵ Nemesio GARCÍA NARANJO, «Los pensadores de 1910», *Omega*, 18 de enero de 1923.

³⁶ Nemesio GARCÍA NARANJO, «Literatura de corte», *El Porvenir*, Monterrey, 11 de marzo de 1925. Véase la réplica en Antonio ISLAS BRAVO, «Las letras bajo la dictadura», *El Globo*, 15 de febrero de 1925: «El fracaso intelectual de la dictadura», *El Globo*, 17 de marzo de 1925.

³⁷ Nemesio GARCÍA NARANJO, «Literatura de corte», *El Porvenir*, Monterrey, 11 de marzo de 1925.

Esta disputa se manifiesta en México de muchas maneras: en el seno de los artistas, escritores, filósofos, historiadores, etcétera. El caso más sonado fue la controversia librada en el seno de la Universidad Nacional entre Antonio Caso y Lombardo Toledano en 1933.³⁸ Esta confrontación se presenta cuando aún no están claramente dibujados los efectos de una posible contraposición entre la revolución a la mexicana y la bolchevique. Sobre este telón de fondo ocurre la escisión entre los intelectuales de corte «liberal» (Vasconcelos, Caso y Cabrera) y los intelectuales de corte «socialista» o populares (Lombardo y otros), que dará pie a la formación de la simetría izquierda/derecha que regirá la evolución del campo por lo menos hasta la década de 1960.

Las denominaciones estructurantes del campo intelectual derecha-izquierda serán desafiadas, sin embargo, con la emergencia de un nuevo tipo de intelectual a partir de la década de 1940: el académico y científico universitario. Esta figura está delineada por Antonio Caso desde 1825 al defender la libertad de cátedra y las profesiones liberales en el seno de la universidad pública.³⁹ No obstante, la evolución del intelectual en el siglo XX no estará definida preponderantemente por el medio universitario sino por su relación con los medios masivos de comunicación. Esta relación es lo que convierte propiamente al intelectual del siglo XX en una figura pública. Son la expansión de los medios de comunicación los que transformarán al «intelectual clásico» en un comunicador que vive de y para los medios masivos.⁴⁰

³⁸ Para una relación de los hechos véase Gabriela CONTRERAS PÉREZ, *Los grupos católicos en la Universidad Autónoma de México*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 2002, pp. 49-57.

³⁹ Antonio Caso entiende el trabajo intelectual como una actividad ni puramente intelectual ni puramente manual. Su posición tiene lugar en el marco de la reglamentación constitucional de las profesiones libres. En defensa de la autonomía universitaria denuncia que «El descrédito de las profesiones liberales procede, en buena parte, de la torpeza y deficiencias de nuestras instituciones universitarias, que no son sino dependencias exclusivas de las mercedes ministeriales». Sostiene que «México, como todo país nuevo en vías de desarrollo constante, reclama la unión estrecha de la mano y la cabeza, de la inteligencia y la acción.»

⁴⁰ Pierre Bourdieu reflexionó en diferentes ocasiones sobre la desaparición del «intelectual crítico». En su defensa, incluso, se atrevió a establecer un nuevo manifiesto: «Por un corporativismo de la universal», en *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama, 1995, pp. 487-501. Algunas otras intervenciones se encuentran también en Pierre BOURDIEU, *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, 1990.

Conclusión

Krauze acuñó el término «caudillo cultural» para caracterizar el papel del intelectual. Como bien lo señala Miller, la idea de «caudillo» comprende la relación estrecha entre saber y poder en Hispanoamérica y alude a la persistencia de un alto grado de autoritarismo y personalismo en las relaciones políticas. Sobre todo evoca al elemento del carisma asociado al valor casi mítico de la representación del intelectual más o menos común a países con atrasos en los servicios públicos de salud, educación, vivienda, regiones en los que el acceso a tales servicios ha sido un privilegio y no un derecho. Dentro de esta visión, el intelectual es un ser carismático que anuncia una sociedad de ciudadanos (bajo la impronta del liberalismo y romanticismo) a la vez que es síntoma de su ausencia.⁴¹

De acuerdo con este enfoque el intelectual adquiere el carácter de un no-especialista o «todólogo», pero que tiene a su favor el dominio de la escritura y de la elocuencia del comunicador. Por esa razón, el intelectual no necesariamente es corresponde con el escritor, el académico o el científico. Es verdad que hasta la primera mitad del siglo xx el campo está dominado por escritores, y sólo después paulatinamente irá creciendo el número científicos, economistas, sociólogos e historiadores. En este proceso colaborará en gran medida la expansión de los medios de comunicación tanto editoriales como audiovisuales. Las revistas literarias de alto tiraje y los suplementos culturales de los periódicos, y más tarde las revistas culturales televisivas fabricarán, consagrarán o condenarán a posibles nuevos intelectuales. Al ser el intelectual una nueva especialidad funcional de las sociedades complejas del siglo xx la cuestión acerca de la autonomía del juicio resulta ser la más problemática. Es decir, aquella relacionada con la posibilidad de representar la figura del crítico social independiente. Si en la primera fase de la construcción histórico conceptual del intelectual contó con el apoyo preponderante de la expansión de la burocracia estatal, en la segunda mitad del siglo parece dominar más bien la expansión de los medios masivos de comunicación.

⁴¹ Nicola MILLER, *In the shadow of the State. Intellectuals and the quest for National Identity in Twentieth-Century Spanish America*, Londres, Verso, 1999.

Documentos y Bibliografía consultados

- ANAYA, Alfonso, 1916, «Nuestros intelectuales: el Dr. don Aureliano Urrutia», *Revista Mexicana (S)*, San Antonio Texas, 9 de enero, 1916.
- BOBBIO, Norberto, *Derecha e izquierda*, Madrid, Taurus, 1996.
- BÖDECKER, Hans Erich, «Reflexionen über Begriffsgeschichte als Methode», en Hans Erich BÖDECKER, *Begriffsgeschichte, Diskursgeschichte, Metapherngeschichte*, Göttingen, Wastein Verlag, 2002.
- BODIN, Louis, *Los intelectuales*, Buenos Aires, EUDEBA, 1965.
- BOURDIEU, Pierre, *Campo del poder y campo intelectual*, Buenos Aires, Folios, 1983 (1975).
- , *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, 1990.
- , «Por un corporativismo de la universal», en *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama, 1995.
- BREÑA, Roberto, *Los intelectuales y la política en México (1910-1968). Una relación histórica*, Tesis de Licenciatura en Administración Pública, El Colegio de México, 1987.
- BRUNNER, José Joaquín y Angel FLISFISH, *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*, México, UAM-Azcapotzalco/ANUIES, 1983.
- CABRERA, Luis, «La situación mexicana desde un punto de vista mexicano», Discurso en la Universidad de Cornell, 1913, en *Obra política de Luis Cabrera*, Eugenia Meyer, ed., México, UNAM, 1992, pp. 465-477.
- , «México y los mexicanos», en *Tres intelectuales hablan sobre México*, México, 1916.
- CAMP, Roderic A., *Los intelectuales y el Estado en el México del Siglo xx*, México, FCE, 1988.
- CAMP, Roderic A., Charles HALE, Josefina ZORAIDA VÁZQUEZ, eds. *Los intelectuales y el poder en México*, México, El Colegio de México-UCLA, 1991.
- CAREAGA, Gabriel, comp., *Intelectuales, poder y revolución*, México, Océano, 1982 (1972).
- CASO, Antonio, *Apuntamientos de cultura patria*, México, Imprenta Universitaria, 1943.
- CASTRO RUZ, Fidel, *Palabras a los intelectuales*, La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, 1991 (1961), pp. 5-31.
- CHARLE, Christophe, *Naissance des «intellectuels», 1880-1900*, Paris, Minuit, 1990.
- , *Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del pensamiento moderno*, Madrid, Siglo XXI España, 2000.
- COCKCROFT, James, D., *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana (1900-1913)*, México, Siglo XXI, 1971.
- CONTRERAS PÉREZ, Gabriela, *Los grupos católicos en la Universidad Autónoma de México*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 2002.
- CÓRDOVA, Arnaldo, *La ideología de la Revolución Mexicana. La formación del nuevo régimen*. México, Ediciones Era, 1973.
- COSER, Lewis A. *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*, México, FCE, 1968.

- COSÍO VILLEGAS, Daniel, abril de 1965, «El intelectual mexicano y la política», *Ensayos y Notas II*, México/Buenos Aires, Hermes, 1966, pp. 141-168.
- FEIN, Seth, «La diplomacia del celuloide. Hollywood y la edad de oro del cine mexicano», en *Historia y Grafía* 4, México, Universidad Iberoamericana, 1995, pp. 137-176.
- GAOS, José, «Caracterización formal y material del pensamiento hispanoamericano», *Cuadernos Hispanoamericanos*, I, 6, nov.-dic. de 1942, pp. 59-88.
- GARCÍA CALDERÓN, Francisco, «La nueva generación intelectual del Perú» y «La crisis moderna de la moral», en *Hombre e ideas de nuestro tiempo*, Valencia, Sempere, s.f., pp. 179-188; 201-12.
- GARCÍA NARANJO, Nemesio, «Los pensadores de 1910», *Omega*, 18 de enero de 1923.
—, Nemesio, «Literatura de corte», *El Porvenir* (Monterrey), 11 de marzo de 1925.
- GÓMEZ MORÍN, Manuel, 1915, México, Editorial Cultura, 1927.
- GRAMSCI, Antonio, «Apuntes y notas para un grupo de ensayos sobre la historia de los intelectuales», *Cuadernos de la cárcel*, ed. crítica de Valentino Gerratana, tomo 4, México, Era, 1986 (1975), pp. 353-382.
- GUERRA Francois-Xavier, *México: del antiguo régimen a la Revolución*, México, FCE, 1988.
- GUMBRECHT, Hans Ulrich, 2002, «Quiénes fueron los *Philosophes*?», en *Producciones de sentido. El uso de las fuentes en la historia cultural*, Valentina Torres Septién, coord., México, Universidad Iberoamericana, 2002, pp. 229-351.
- HALE, Charles, 1991, «Ideas políticas y sociales en América latina, 1870-1930», en Leslie BETHELL, ed. *Historia de América Latina*, 8. *América Latina: cultura y sociedad, 1830-1930*, Barcelona, Crítica-Cambridge University Press,.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro, 1910, «La obra de José Enrique Rodó», en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, Juan Hernández Luna, comp., México, UNAM-CEF, 1962, pp. 57-68.
—, Pedro, enero de 1925, «La revolución y la cultura en México», *Revista de Filosofía* (Culturas-Ciencias-Educación), dirigida por José Ingenieros y Aníbal Ponce, Buenos Aires, XI, 1, enero 1925, pp. 125-132. En *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, Juan Hernández Luna, comp., México, UNAM-CEF, 1962, pp. 149-156.
—, Pedro, «La Revolución y la vida intelectual en México», *Obra crítica*, México, FCE, 1960.
- ISLAS BRAVO, Antonio, 1925, «Las letras bajo la dictadura», *El Globo*, 15 de febrero de 1925. Filosofía, literatura, periodismo y Universidad durante el porfirismo.
—, Antonio, 1925, «El fracaso intelectual de la dictadura», *El Globo*, 17 de marzo de 1925. Valoración negativa de los aspectos sociales, intelectuales, administrativos del porfiriato.
- KNIGHT, Alan, 1989, «Los intelectuales en la Revolución Mexicana», *Revista Mexicana de Sociología*, LI, abril-junio, 1989, pp. 25-65.
- KRAUZE, Enrique, *Caudillos culturales en la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1976.

- LE GOFF, Jacques, *Los intelectuales en la Edad Media*, Barcelona, Gedisa, 1986.
- LEMPÉRIERE, Annick, *Intellectuels, États et Société au Mexique. Les clercs de la nation (1910-1968)*, Paris, L'Harmattan, 1992.
- MANNHEIM, Karl, *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*, tr. Salvador Echavarría, México, FCE, 1941.
- MARSAL, Juan F., *El intelectual latinoamericano. Un simposio sobre sociología de los intelectuales*, Buenos Aires, Editorial del Instituto, 1970.
- MENDOZA DÍEZ, Alvaro, *La revolución de los profesionales e intelectuales en Latinoamérica*, México, UNAM-IIS, 1962.
- MERINO, Bernardo, «Responsabilidad de los intelectuales en la Revolución social». Conferencia en la inauguración de los trabajos de propaganda social iniciados en La Habana por el «grupo Clarte», *El Heraldo*, s.f.
- MICHAEL, John, *Anxious Intellectuals. Academic Professionals, Public Intellectuals, and Enlightenment Values*, Durham, Duke University Press, 2000.
- MILLER, Nicola, *In the shadow of the State. Intellectuals and the quest for National Identity in Twentieth-Century Spanish America*, Londres, Verso, 1999.
- MONSIVÁIS, Carlos, 1976, «Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX», *Historia General de México*, México, El Colegio de México, 2002, pp. 957-1076.
- , 1985, «La aparición del subsuelo. Sobre la cultura de la Revolución Mexicana», *Historias 8-9*, Enero-Junio 1985, pp. 159-177.
- , 1996, «El nacionalismo y el país de las franquicias», en *México ¿Un proyecto nacional en crisis?*, Carlos Lugo et. al. Comp., México, UIA-Universidad Autónoma de Aguascalientes, 1996, pp. 19-30.
- PALACIOS, Guillermo, *La pluma y el arado. Los intelectuales pedagogos y la construcción sociocultural del «problema campesino» en México, 1932-1934*, México, El Colegio de México-CIDE, 1999.
- PAZ, Octavio, 1950, «La “inteligencia” mexicana», *El Laberinto de la Soledad*, México, FCE Primera reimpression (Colección Popular), 1972, pp. 134-155.
- , «Vuelta a El Laberinto de la Soledad (Conversación con ClaudeFell)» y «América Latina y la democracia», en *México en la obra de Octavio Paz*, Tomo I, México, FCE, 1987
- , «Inventar la democracia: América Central (Entrevista con Gilles Bataillon)», en *México en la obra de Octavio Paz*, Tomo I, México, FCE, 1987.
- POTASH, Robert, «Historiografía del México independiente», *Historia Mexicana* 39, vol X, enero-marzo, 1961.
- REYES, Alfonso, «Pasado inmediato» (1914), en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, recop. De Juan Hernández Luna, México, UNAM-CEF, 1962.
- , *Cartilla moral*, México, CNCA/Alianza, 1994
- , *Trayectoria de Goethe*, México, FCE, 1954
- SCHMIDT, Henry C., 1989, «Los intelectuales de la Revolución desde otra perspectiva», *Revista Mexicana de Sociología*, LI, abril-junio, 1989, pp. 67-68
- URREA, Lic. Blas, (Luis Cabrera), «La Revolución es (la) Revolución», en *Obras Políticas del Lic. Blas Urrea*, México, Imprenta Nacional, 1921, pp. 227-242.
- , *La Revolución de entonces y la de ahora*, México, Lección «verdades», 1937

- Varios, *Champs de pouvoir et de savoir au Mexique*, Paris, Editions du CNRS, 1982.
- VASCONCELOS, José, «La juventud intelectual mexicana y el actual momento histórico de nuestro país», *Revista de Revistas*, Junio 25 de 1911. Reeditada en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, Juan Hernández Luna, comp., México, UNAM-CEF, 1962, pp. 135-38.
- , «El movimiento intelectual contemporáneo de México», en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, Juan Hernández Luna, comp., México, UNAM-CEF, 1962, pp. 117-34.
- , 1921, «Creadores de cosas nuevas y factores del porvenir, eso somos nosotros», *Repertorio Americano*, 2, 25, julio de 1921, p. 253.
- , 1922, «Invitación a los intelectuales y maestros para que se inscriban como Misioneros», *El Herald*, 20 de dic de 1922.
- VASCONCELOS, José, 1924, «El poder de la palabra», *El Universal*, 24 de nov. De 1924, p. 3.
- VILLACAÑAS, José Luis y Faustino ONCINA, «Introducción» en Reinhart KOSELECK y Hans-Georg GADAMER, *Historia y hermenéutica*, Barcelona, Paidós—U.A.B., 1997
- VILLORO, Luis, 1960, «La cultura mexicana de 1910 a 1960», en *Historia Mexicana*, El Colegio de México, 38, 1960. En México, entre libros. Pensadores del siglo XX, México, FCE-El Colegio Nacional, 1995, pp. 9-38.
- WALSER, Michael, *The Company of critics. Social criticism and political commitment in the Twentieth Century*, New York, Basic Books, 1988.
- YANKELEVICH, Pablo, «Cuando Antonio Caso conoció Sudamérica, México, *Universidad de México*, 581, Junio de 1999, pp. 41-44.
- ZERMEÑO, Guillermo, «Gumbrecht, los philosophes y la philosophie de la ilustración: en torno a la prehistoria de los intelectuales modernos», en *Producciones de sentido. El uso de las fuentes en la historia cultural*, pp. 207-227.